

Pepe Rosa

Número Especial

Pepe Rosa 110 aniversario

Revista
de Historia
y Política





**Centro
Documental
"José María Rosa"**

Eduardo Rosa
Enrique Manson
Pablo Hernández
Carla Moriana
Micaela Rosa

Diagramación:
Ediciones Fabro

Sumario

Número Especial

20 de agosto de 1906 Nacimiento de José María Rosa

Pepe Rosa 110 años

por Enrique Manson

3

El Colorado, Rosa, los rojos y Rosas

8

El exilio del Pepe Rosa y el nacimiento de «La Caída de Rosas»

Por Julián Otal Landi

14

Un historiador llamado Tomassini

por Eduardo Rosa

17



Pepe Rosa 110 años



por Enrique Manson

Una revista (virtual, por ahora) y una conmemoración referidas a un hombre. A un historiador, a un político y, sobre todo, a un gran patriota. El 20 de agosto se cumplirán 110 años de su nacimiento en Buenos Aires.

Los creadores de esta publicación somos los integrantes del Centro Documental José María Rosa y la Cátedra Libre de Historia Nacional que lleva el mismo nombre ilustre. Dicho Centro funcionaba en el Instituto Nacional de Revisionismo Histórico Argentino e Iberoamericano Manuel Dorrego, creado por decreto 1880/2011 de la presidenta Cristina Fernández de Kirchner y desaparecido por la Revolución de la Alegría que encabeza el presidente Mauricio Macri, a través de la gestión, en el ministerio de Cultura, de Pedro Avelluto. Este úl-

timo, ciudadano cuyas convicciones democráticas se habían manifestado previamente con afirmaciones como *Néstor no se murió. Vive en el Paraíso (fiscal)* y propuestas del tipo “¿Y si echamos a todos los docentes y empezamos de nuevo?”, se encargó de poner fin al Instituto Dorrego porque consideraba que “Los propósitos con que fue creado chocan con cualquier idea plural y democrática de la historia”.

No hacía más que seguir el pensamiento ya expresado por el diario La Nación, que lo había calificado en los tiempos de su nacimiento, afirmando que “se ignora aún si el objetivo real no será incorporar estos nuevos relatos históricos en los programas de las escuelas secundarias. Y alertan, en consecuencia, sobre la posibilidad de que esta operación impulsada

por la Casa Rosada tenga como meta la instauración de un ‘pensamiento único’ del pasado.”

Y ese hombre, cuyo nombre elegimos para nuestra revista y al que preferimos mentar por su sobrenombre –Pepe– más que por su nombre de registro civil, ha sido y es quien nos ha inspirado y nos inspira a lo largo de nuestro recorrido por la política y por la historia, porque como cita Arturo Jauretche a Georg Winter, creemos que “La historia es la política del pasado y la política la historia del presente”.

La crisis de los años 30 alentó por reacción el cuestionamiento de las certezas en que había creído la sociedad argentina. Uno de esos cuestionamientos fue el de la versión académica de la Historia. Se trataba de revisarla -de ahí *Revisionismo* - y de verla con ojos que miraban desde la Argentina.

José María Rosa fue, uno de los principales representantes de la nueva escuela. Pero sería el paso de la experiencia peronista y su propio compromiso personal, que lo llevó al riesgo de ser fusilado y a la realidad del exilio en el Uruguay y en España, lo que completaría la formación que lo convirtió en los sesenta y los setenta en el referente histórico de dos generaciones.

Hasta el fin de sus días, el Maestro continuó entregándose en cuerpo y alma a la causa de la felicidad del pueblo y la independencia de la Patria. Así, ya viejo, no vaciló, en los aciagos días del llamado *proceso*, en dirigir una revista de oposición cuya lectura esperaban(mos) regularmente muchos a los que ayudaba a luchar contra el desaliento que imponía el discurso único y la certeza de las mazmorras ocultas.

El año 1978 la dictadura cívico-militar que se había bautizado Proceso de Reorganización Nacional pasaba por su mejor momento. La guerrilla estaba liquidada, y a mediados del '78 la cacería de disidentes había pasado con éxito la prueba, y las mazmorras estaban colmadas de desaparecidos. El 25 de junio, Videla, el déspota insignificante, entregó, en un estadio colmado, la copa de campeones del mundo a Daniel Passarella. Como decía el hampón Massera, el triunfo demostraba que la Argentina estaba para grandes logros.

La gestión económica de Martínez de Hoz parecía funcionar viento en popa, abandonando el “decadente intervencionismo estatal” que, según él, había frenado a la Argentina. Los dirigentes políticos no cuestionaban en voz alta la gestión. Así lo habían dicho, en el aniversario del secuestro de Isabel Perón, dirigentes radicales. Entre los peronistas los había –según alguno de ellos– que eran optimistas “ma non troppo,” en cuanto a una salida política. Muchos otros “más allá de críticas parciales y secundarias, se mostraron coincidentes en el apoyo al gobierno militar, especialmente en lo que hacía a la guerra sucia” decía Fanor Díaz en el diario La Opinión, manejado por la dictadura.

El sindicalismo había sido aplastado. Algunos producían acciones aisladas que costaron desapariciones. Pero habría que esperar a abril de 1979 para un paro general. Sólo un grupo de mujeres, que el Buenos Aires Herald llamaba The mad (locas) women, habían empezado en la plaza de Mayo sus rondas en las que reclamaban por sus hijos desaparecidos.

En ese escenario, el 27 de julio, se publicó un libro en el que Pablo José Hernández relataba sus Conversaciones con un historiador nacionalista en el que los dic-

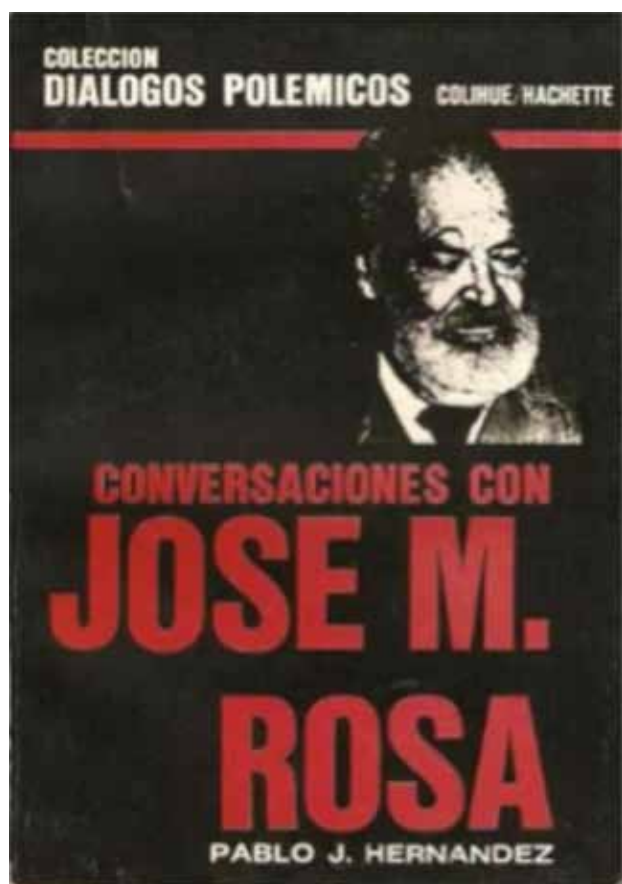
tadores parecían no haberse interesado. Era José María Rosa. Era un volumen de memorias en forma de largo reportaje. Pero entre los acontecimientos familiares, los orígenes del nacionalismo y del revisionismo histórico en los años '30, y las andanzas políticas y diplomáticas del protagonista en tiempos aparentemente lejanos, se filtraban inocentes comentarios sobre la política griega reciente que, en su condición de embajador argentino, había podido observar.

Con minucioso interés, Rosa describía el fin de la dictadura “de los coroneles”, y especialmente, el juicio al que se sometió a esos militares golpistas al restablecerse el régimen constitucional. “Grecia sentó una jurisprudencia que encontró

tiempo se supo que el Supremo Tribunal de Atenas... los juzgaría nada menos que por ‘traición a la patria’. En una primera audiencia..., el abogado del acusador dijo ‘que la constitución obliga a un soldado a defender a la patria y a las autoridades constituidas y no haberlo hecho era una traición a la patria misma.’ La requisitoria del fiscal (que al hacérmela traducir me pareció una brillante pieza) hacía un distingo entre el delito de rebelión que comete un civil cuando se alza contra el gobierno, y el de traición de un grupo de militares que valiéndose de la instrucción, organización y armas que les da la patria para combatir al enemigo o defender el orden interno, levantan las fuerzas armadas contra las autoridades constituidas. No obran como ciudadanos –decía– sino como militares en un campo ajeno a su profesión. No importaban las buenas intenciones que los hubieran movido, su proceder era una traición y pedía para ellos la pena de muerte. ...la sentencia del tribunal fue inmediata: ‘Pena de muerte por delito de traición a la Patria’. De inmediato un ujier trajo una nota del gobierno: en atención a la buena fe de los imputados que ignoraban que su hecho constituía una traición a la patria, se les conmutaba la pena de muerte por la de reclusión perpetua”... En realidad no estaba hablando de historia ni de Grecia. En alguna oportunidad, Pablo le hizo una entrevista al locutor Antonio Carrizo. A la hora del café, éste le preguntó: “Che ¿Cuando usted le preguntaba sobre los militares griegos, estaban hablando de la Argentina?”

favorable resonancia en Europa.... fueron apresados Papadoupoulus (presidente del gobierno militar EM) y la junta de coroneles sin darse el motivo.”...Al poco

Es que a Pepe Rosa, al decir de su compañero de exilio Miguel Unamuno, “no le entraban las balas”. ¿Lo hubieran desaparecido los chacales si hubieran sido



capaces de entender el mensaje oculto? Lo cierto es que el hombre que casi adolescente había creído en Uriburu, por antiyrigoyenismo juvenil, hacía rato que se había alineado con el pueblo. Y así como se había jugado la vida con Valle contra los fusiladotes de 1956, seguía poniéndose en la línea de fuego, cuando los dirigentes políticos actuaban con comprensible prudencia, porque los castigos eran terribles. Su expresión de deseos, que eso era lo que sentía cuando hablaba “con rencor de contemporáneo” –como decía Jauretche- de Grecia para no mencionar a “la Argentina” –como supuso Carrizo- no fue su último choque con los más salvajes tiranos que soportó nuestra historia.

En la revista *Línea*, en noviembre de 1981, los llamó pendejos, aunque poniendo la expresión en boca del rey Alfonso el Sabio, y los tildó de Subversivos y corruptos, lo que le valió una querrela por injurias, que le iniciaron Videla, Massera y Agosti. De ese juicio cuenta Alberto González Arzac: “Íbamos a las audiencias como quien va a la guerra, salíamos de *Línea*... con un grupo de muchachos... acompañándolo. Entrábamos Pepe y yo, que era su abogado; un juez del proceso con sus paredes llenas de fotos de él con almirantes, generales y brigadieres. Las partes eran representadas por altos jefes, todos ellos auditores que señalaban con el dedo a Don Pepe. Y ¿cuál era la reacción de Don Pepe?... no perdía el humor y decía ‘El gobierno del Partido Militar’... y cuando le llamaban la atención decía: ‘Bueno, disculpe Su Señoría’... A mí me corría frío por la espalda y él ni se inmutaba... todavía desaparecían personas... los operativos se sucedían por doquier y ¡Don Pepe, con ese par de pelotas que te-



nía, manifestándose allí de esa manera!”

Los sacerdotes y los fieles de la religión histórica establecida, aquella que adora a una divinidad que nos guía –ahora en espíritu- desde una universidad norteamericana y que, a través de su Sumo Pontífice, de título hereditario, que ha tenido que dejar su Catedral de Caballito para recluirse en los Grandes Diarios, lo condenaron al peor castigo que puede sufrir un historiador: lo borraron de la memoria. Lo hacían porque no era un historiador serio –ni siquiera un historiador- y porque había cometido pecados imperdonables. En primer término, escribía bien. No necesitaba exégetas que ayudaran a comprender su mensaje, y leer sus libros provocaba el peligro de que, al devorarlos con avidez por lo grato de su lectura, el lector no se detuviera a madurar los conceptos expuestos y debiera leerlos por segunda vez, aunque con igual placer. En segundo término, había caído en la grave falta de escribir para el

pueblo y no para los académicos, lo que traía aparejada la culpa imperdonable de vender más libros, muchos más, que sus detractores. Por fin, si ésto ocurría era porque había elegido, aún pagándolo con prisión y exilio alguna vez, el bando del pueblo, de los humildes, de *los que no tienen voz*.

Es que se había convertido en el *Historiador del Pueblo*. En aquél a quien en una oportunidad un argentino anónimo detuvo a la salida de una de las habituales misas por Perón o por Evita y le dijo: “*Gracias, doctor, por decir lo que nosotros pensamos, pero no sabemos decir*”.

Es que el pueblo sabía historia. En gran medida, gracias a Pepe Rosa, pero también por la memoria oral transmitida de padres a hijos. Eso quería decir don Alfredo Bello cuando le preguntó –en 1938– “*¿Y usted cree que los de arriba saben más?*” El pueblo sabe que Don Juan Manuel hizo pata ancha contra los gringos (aunque ahora se utilicen otras palabras) y defendió nuestra soberanía, que Don Hipólito logró que la voluntad popular decidiera las “votaciones”, y que el General y la Compañera Evita derramaban la justicia social y –poniendo a igual altura al obrero y el patrón– concretaban el viejo lema montonero *Naidés más que nadie*.

Ese señorito, nacido en Alvear y Montevideo, que hizo un viaje iniciático a Euro-

pa cuando se recibió de abogado, y que era antirrosista y antiyrigoyenista, había ido encontrando poco a poco su destino. A la Patria y a la Historia –que *la tenía infusa*– las amó siempre. El nacionalismo y el rosismo habían llegado en los años ’30, y un 17 de octubre se había encontrado con “*mi gente (la que) sentía la vida como yo, tenía mis valores, no se manejaba por palabras sino por realidades: era el pueblo, era mi pueblo, era el pueblo argentino... tantas veces mencionado en los programas de los partidos políticos y en los editoriales de los diarios... No era una entelequia: era algo real y vivo. Comprendí dónde estaba el nacionalismo. Me vi multiplicado en mil caras, sentí la inmensa alegría de saber que no estaba solo, que éramos mucho*”.

Y desde entonces marchó junto a ese pueblo. Tardó en convencerse que se había cumplido ya la profecía de Fierro “*Hasta que venga algún criollo en esta tierra a mandar*”, pero se abrazó a esa causa con el fervor que lo llevaría a la cárcel, al exilio y a ser hombre de confianza de Perón. Éste había reconocido que “*los argentinos tenemos con usted una inmensa deuda de gratitud, por habernos puesto en el verdadero camino de la Historia Patria y habernos evitado la vergüenza de seguir transitando entre falsedades e injusticias*”.



El Colorado, Rosa, los rojos y Rosas

Crítica hecha por José María Rosa al libro de Jorge Abelardo Ramos en la revista del Instituto Juan Manuel de Rosas por el año 1950

AMERICA LATINA: UN PAIS, por *Jorge Abelardo Ramos*

Una de las paradojas de nuestros comunistas es que jamás afrontaron el estudio de la historia argentina con criterio marxista. Herederos de aquel *socialismo internacional* de 1919, y a su través de los “intelectuales de izquierda” de principios de siglo, la concepción histórica de los comunistas nunca fue más allá de José Ingenieros. Esta filiación liberal los hizo continuadores de las preocupaciones de las minorías cultas contra los caudillos populares. No vieron en nuestra historia nada más que la iconografía barata de las antologías escolares: se emocionaron ante Rivadavia y ante Sarmiento, los hombres del progreso y de las luces. Todo lo otro era reacción y atraso, y aquello de “civilización y barbarie” fue su lema y su guía. Como co-

mulgaban en los mismos cálices de la *historia seria* alguno de ellos llegó –previo un Jordán levemente purificador– a meterse en la Academia del doctor Levene.

Ingenieros intentó hacer una interpretación económica del pasado argentino manejando con mayor novelería que comprensión los postulados de la *lucha de clases* y la *infraestructura económica*. Pero no atinó a darse cuenta de que con tales instrumentos necesariamente se quebraba el molde clásico de la historia oficial, que después de pasar por sus manos siguió como estaba en el siglo XIX. O peor tal vez porque Sarmiento hablaba con plena conciencia de civilización y barbarie, e Ingenieros no supo comprender el sentido clasista que había en la antinomia. Como tenía que en-

contrar en la historia una “lucha de clases” supuso que Rosas, patrón de estancias y dueño de saladeros, “debería” encontrarse en constante pugna con el proletariado de sus peones y obreros. Sobre esta suposición construyó todo el andamiaje: Rosas debió ser un *tirano* porque necesariamente su prepotencia patronal tenía que mantenerse por el terror. Sus enemigos debieron ser las masas proletarias a quienes dio como auténticos representantes los europeizantes rivadavianos de 1826, o los jóvenes dandys que redactaban “La Moda” en 1837. No se detuvo mucho para pensar en la posibilidad de estas suposiciones: tenía que ser así, y eso le bastaba.

Los comunistas bebieron en tal fuente y las elucubraciones de Ingenieros pasaron a ser la guía marxista de la historia argentina. La mentalidad de Rodolfo Ghioldi no daba para más.

Orientación, La Hora, Argumentos, fueron los defensores más constantes de la historia oficial. Sarmiento y Rosas: era civilización y barbarie: proletariado y capitalismo. El catecismo” de Grosso con sus angelitos y sus réprobos servía paradójicamente a la derecha conservadora y a la izquierda comunista.

Cuando el revisionismo llegó a la liza, los marxistas se unieron a la batida general que nos decretó la oligarquía; nos persiguieron con santo horror convencidos de que éramos devotos de un culto diabólico, y, de que bajo la apariencia de tenidas históricas celebrábamos verdaderas misas negras donde se despotricaba contra la libertad y se rendía culto a la violencia y a la sangre, con el retrato de Sarmiento puesto cabeza para abajo.

Pero esta posición comunista llevaba en sí, aparte de su ingenuidad, una enorme contradicción que alguna vez haría crisis.

No se podía descansar eternamente en la fidelidad de Ingenieros. Alguien llegaría alguna vez que aplicara la teoría económica, sin mitos escolares. Rodolfo Puígross pudo hacerlo, pero dócil a la disciplina partidaria debió atacar al rosismo por táctica política; sus libros sobre Rosas no están a la altura de sus otros estudios. Es fácil señalar en ellos equilibrios, vacilaciones y sofismas que muestran bien a las claras la discordancia entre la pluma y el pensamiento. Hoy que se ha alejado del partido esperamos trabajos más acordes a su versación histórica y su indudable talento.

No aceptamos la interpretación marxista de la historia, está de mas decirlo. Somos de la vereda de enfrente, y nos separan de los discípulos de Marx muchas cosas. Pero oposición no quiere decir incompreensión; sería ridículo negar en 1950 el valor sociológico de Marx y la trascendencia política del marxismo.

Marx tuvo un gran acierto con la interpretación económica de la historia: que analizando los acontecimientos históricos encontramos en ellos causas materiales, es una verdad que ampliamente compartimos, pero para nosotros hay también motivos espirituales que obran en el devenir histórico. Los marxistas ven individuos movidos por sus apetitos, nosotros comunidades sociales guiadas por impulsos espirituales: las ideas de Patria, de Dios, de Rey, etc. ¿Qué importa si analizando profundamente estos ideales encontramos motivos económicos, una *infraestructura material* como dirían los marxistas? Es posible. Como es posible que analizando el amor a la madre encuentren los *freudíanos* un impulso sexual subconsciente. Pero ni el amor a la madre se manifiesta sexualmente, ni los hechos históricos se exteriorizan en forma de impulsos materiales.

Desconocer esos móviles materiales ocultos en la *infraestructura social* fue el gran defecto de los historiadores, anteriores a Marx. No comprender que esos móviles dejan de ser materiales cuando se exteriorizan en movimientos sociales fue a su vez el gran error de Marx., O mejor dicho de los marxistas, porque su maestro algo habló del “entusiasmo caballeresco”, del “éxtasis religioso” en el Manifiesto Comunista.

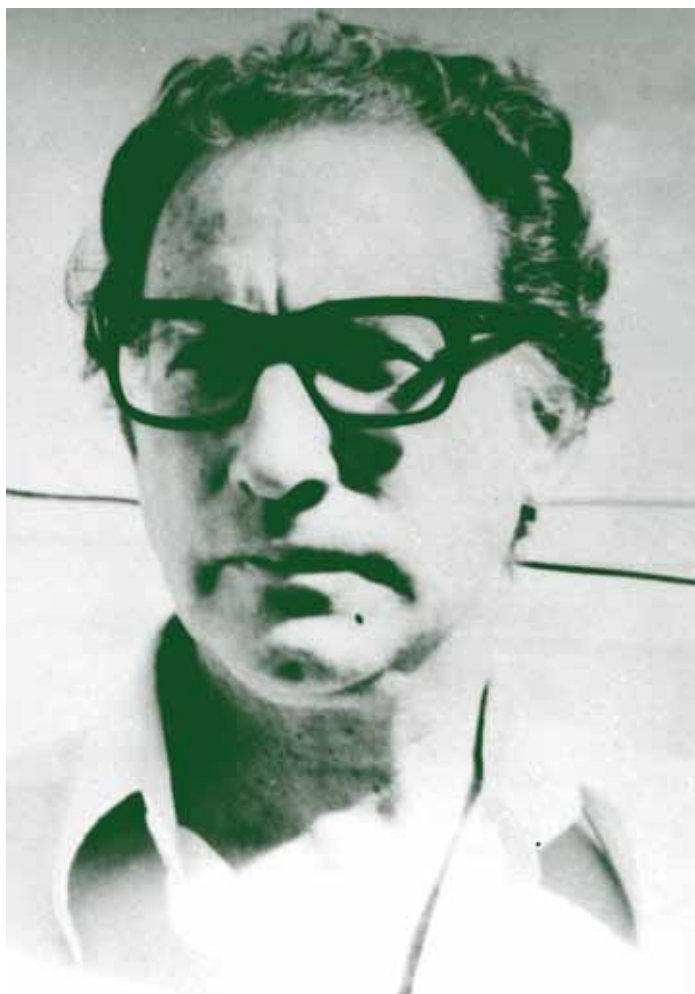
Jorge Abelardo Ramos es un comunista de la IV Internacional. ..., pertenece al grupo reducido pero batallador de los *marxistas puros*, que ven en el actual jefe de la U.R.S.S un traidor a la revolución comunista. Es la corriente *trotskista* que tiene sobre la *stalinista* la apreciable ventaja de no precisar “posturas, tácticas” ni gastarse en difíciles defensas de la actualidad soviética. Se consideran los auténticos depositarios del Evangelio de Marx y herederos de Lenin, y esperan hacer la verdadera revolución marxista traicionada por “la burocracia de Moscú”. No les obsta su escaso número ni la formidable inquina de sus poderosos e inescrupulosos adversarios. Se preparan con fe y con entusiasmo para cuando les llegue la hora. Y mientras tanto estudian y meditan. Como no tienen problemas de *táctica* ni obedecen a consignas del “partido”, estudian y meditan con libertad.

Y así Jorge Abelardo Ramos puede llegar a descubrir la gran verdad del *revisionismo*. Que “en América Latina los intelectuales y militares sorprendentemente democráticos - aristócratas criollos en su mayoría - introdujeron el estupefaciente del liberalismo - progresivo en Europa y reaccionario en América - y aherrajaron a las masas esclavas, gauchos, campesinos e indios”. Es nuestra misma idea ex-

presada en estilo comunista. Y escribe un libro estudiando el proceso formativo de América Latina. De ese libro, que juzgamos acertado en muchas de sus conclusiones históricas, comentaremos las que nos interesan por la índole de nuestro Instituto: el capítulo “*Rosas: una política nacional en el Río de la Plata*”.

Todo el problema argentino –dice Ramos– gira alrededor de la antinomia librecambio-proteccionismo. Buenos Aires era librecambista porque esta política interesaba a sus comerciantes y hacendados; el interior proteccionista en defensa de sus manufacturas artesanales, crecidas gracias al monopolio español. En 1809 Buenos Aires abre su puerto al libre comercio; en 1810 hace la Revolución, y se afirma en el gobierno una “intelectualidad crecida al lado de la burguesía comercial pero que también aportaba su propio utopismo: una mezcla de ceguera y fantasía”. Librecambismo en política significó unitarismo, como defensa de las manufacturas fue federalismo; las guerras civiles *entre* el interior *contra* Buenos Aires, no tuvieron otra causa. Por un lado estas guerras, y por otro la ceguera y fantasía del equipo gobernante y el país acabó en una terrible crisis en la cual amenazó fragmentarse en catorce republiquetas independientes.

Entonces aparece el “poder fuerte” de Rosas, a quien califica de “enigma, pues es estanciero poderoso y al mismo tiempo caudillo .de las clases populares. Pero además de estanciero y caudillo popular, Rosas tiene condiciones para elevarse “hasta abarcar el conjunto del problema nacional en el Río de la Plata”. Considera que éste es su valor histórico ya que “de tal visión fueron incapaces los cultos representantes porteños de la burguesía



mercantil, esos semidioses de nuestra historia escrita.

Rosas logra la unidad nacional por pactos con los otros caudillos. Termina con el librecambio, por la ley de aduana de 1835 que inaugura una era de gran prosperidad económica; y se defiende tenazmente contra la coalición de los intereses imperialistas extranjeros, mientras “los discípulos criollos de la Enciclopedia compadecían desde Montevideo - esa eterna Ginebra de renegados, tan distinta de la Ginebra de los revolucionarios” a los caudillos que dictaban sus decretos sin ortografía sentados en un cráneo de vaca. Irritados con el destino no comprendieron a Rosas; tampoco se comprendieron a ellos mismos. Rosas, al frente de sus orilleros, negros y gauchos, representó incomparablemente más que los unitarios afrancesa-

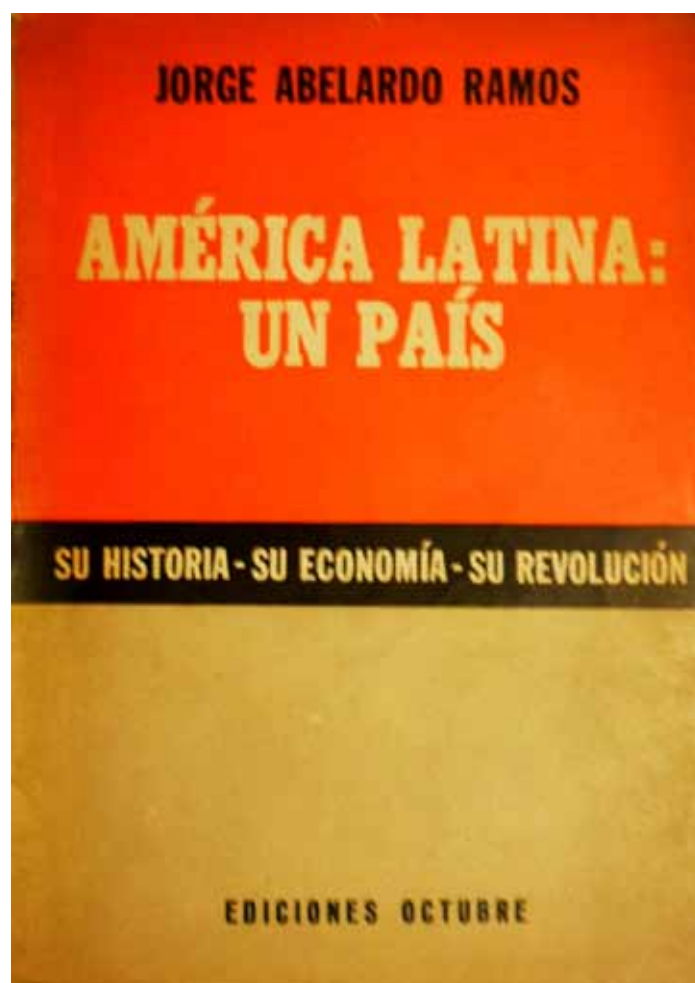
dos, que Echeverría y sus intelectuales de Mayo, que el anti-gaucha, antipopular Sarmiento: una política democrática, y fue en todo caso más *progresivo* que sus enemigos. Fueron los triunfadores de Caseros los que acuñaron las formas jurídicas que nos rigen y escribieron la historia que se cree. Todos ellos organizaron, no el país que ya estaba constituido por el sistema de los pactos interprovinciales, sino la oligarquía moderna. Esta oligarquía montó una de las mejores máquinas administrativas de las posesiones mundiales que disfrutaría el imperialismo. La victoria extranjera sobre Rosas abre el período del coloniaje contemporáneo y la pérdida del proceso histórico nacional en desarrollo, Una subordinación qué dura un siglo”.

Dejemos de lado las causas económicas como sola explicación del proceso histórico argentino. Pasemos por alto que Ramos no nos cita ni una sola vez como fuente, pese a haber tomado de los autores revisionistas casi todo el bagaje histórico de que hace gala. No nos fijemos en que su información sobre la traición unitaria, su exégesis sobre la política de Rosas, su interpretación del monopolio español, los efectos del librecambio de 1809 y la ley de aduana de 1835, está íntegramente tomada de escritores del Instituto, a los que sin embargo agravia, como “admiradores oligárquicos que envanecidos porque un británico (Hudson) se ocupara de una colonia en sus escritos, lo han exaltado (a Rosas) basta las nubes”. Perdonémosle que después de haberse apoderado de nuestras investigaciones afirmé con soltura que *no le incomoda nuestra coincidencia*. No hagamos caso de que en la solapa de su libro se pretenda nada menos que el descubridor del revisionismo: Anotémonos sim-

plemente el clásico poroto del triunfo.

Lo que importa es que nuestra prédica haya germinado, aunque sea en campo tan distante del nuestro. La verdad tiene que abrirse, camino y nadie la podrá detener. ¿Que vengan muchas de esas *coincidencias* aunque nos paguen con el mismo agradecimiento del señor Ramos!.

¿Es posible una interpretación puramente marxista del *hecho Rosas*? En algún trabajo nuestro decíamos que “la apreciación de los actos públicos de Rosas ha de constituir un eterno , quebradero de cabeza para quienes interpretan la historia con criterio materialista. ¿En virtud de qué *ley económica* Rosas, hacendado y exportador de carnes, realizará una acción de gobierno que beneficia sobre todo a los industriales y agricultores? ¿Que *política de clase* lo llevó a no doblegarse en 1838 ni en 1845 ante las pretensiones extranjeras, no obstante paralizar los bloqueos sus negocios de estanciero?”¹. No había otra explicación posible que el patriotismo del Restaurador, el haber comprendido que los intereses nacionales estaban por encima de sus negocios particulares y hasta de las conveniencias de su provincia. Ramos, siguiendo, (por coincidencia) nuestras huellas, encuentra que la política de Rosas lejos de favorecer a los estancieros tuvo exclusivamente en cuenta los intereses generales y nacionales. Entonces, ¿qué es Rosas marxísticamente? - *Un enigma*, para Ramos: “Expandir sus empresas saladeras y convertirse en el principal exportador habría sido la gran finalidad de Rosas. Pero si éste fue uno de sus propósitos iniciales, en todo caso el detalle no agota el enigma”. Anotemos que eso de los *propósitos iniciales* es una suposición que va por cuenta y riesgo



del autor, pues Rosas finiquitó todas sus actividades comerciales e industriales el día antes de subir al gobierno.

Pero lo cierto es –como dice Ramos– que “cuando Rosas llega al poder hasta cierto punto se eleva por encima de su clase de origen para abarcar el conjunto del problema nacional en el Río de la Plata. Este es su valor histórico”. Es decir, se va más allá del marxismo, como si fuera un *dialéctico consciente*, un *político revolucionario*, que es como los marxistas llaman al jefe comunista que sofoca sus propias aspiraciones materiales en beneficio de la causa. Pero como Rosas no es evidentemente un *dialéctico consciente*, Ramos se queda sin saber lo que es, y sin *agotar el enigma* sigue adelante... ¿No sería mucho más fácil suponerle patriotismo?

El enigma de don Juan Manuel no lo extiende a los otros caudillos del interior.

Porque éstos - aquí también el autor marcha por su cuenta - eran representantes de las provincias, y las provincias eran entidades económicas artesanales y de pequeña industria doméstica. De allí a suponer que los montoneros y sus caudillos eran artesanos que defendían sus talleres, no media para Ramos distancia alguna.

¡Perdón! Si Ramos nos hubiera leído más detenidamente habría “coincidido” con nosotros en que no todas las provincias vivían de las industrias. Que ni en la Banda Oriental ni en Entre Ríos, ni en Santa Fe hubo talleres artesanales de consideración, y como las montoneras fueron orientales, entrerrianas o santafesinas, no las debe suponer formadas por artesanos. Tampoco Artigas, ni Ramírez, ni López, fueron industriales, sino estancieros o militares. En cambio habría encontrado industrias en Corrientes y sabría que Ferré era carpintero de ribera: pero justamente Corrientes fue la única provincia del litoral que no tuvo montoneras, y Ferré su gobernador no era un caudillo, sino el *primus inter pares* de una oligarquía. Tampoco hubo montoneras en las provincias artesanales del interior en 1820. Las habrá después: pero ni en Catamarca ni en Tucumán ni en Salta, provincia de artesanales, sino en los llanos de La Rioja precisamente el único lugar del interior desprovisto de industria territorial. No. La explicación económica que Ramos da de la montonera y los cau-

dillos se resiente de falta de información. Tendrá que recurrir a otra cosa. ¿El *enigma* tal vez, o aceptará la “conciencia dialéctica” de Estanislao López o de Francisco Ramírez ?

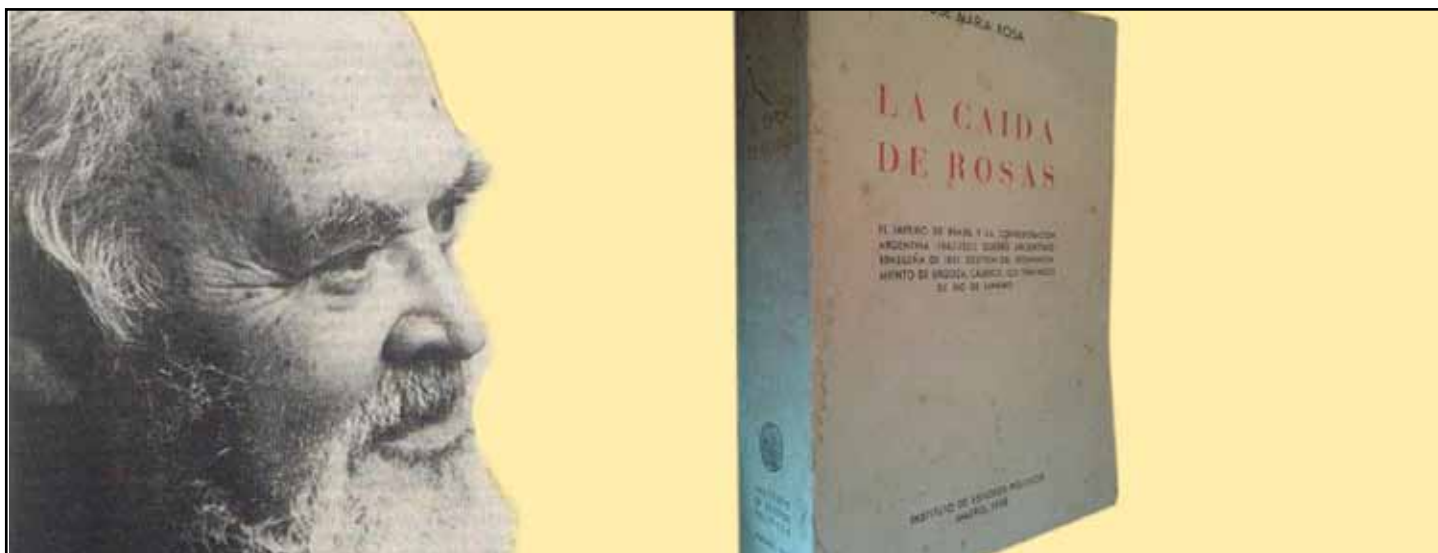
Este libro nos ha producido sentimientos encontrados. Por una parte saludamos alborozados la conversión al rosismo de los trotskistas, pero por la otra confesamos cierto recelo.

Nunca creímos en un peligro comunista para la Argentina. Era bien claro que mientras los “intelectuales de izquierda” abreviaron en la historia oficial no tendrían una conciencia verdadera del país. Andarían a los tropezones tomando a contramano en cada vuelta del camino. Es muy comprensible que si para ellos Rivadavia era en 1826 el “pueblo argentino”, en 1945 se equivocaran con Tamborini. Semejantes topos no podían significar nada serio para nuestra política.

Ahora es distinto. Estos comunistas de la IV Internacional no sabemos cuántos son ni quiénes son. Pero han dado con el revisionismo. Es decir, tienen los ojos abiertos y saben dónde asientan el pie.

(1) *Defensa y pérdida de nuestra independencia económica*, pág. 202

Artículo publicado en la revista del Instituto Juan Manuel de Rosas – año 1950



El exilio del Pepe Rosa y el nacimiento de «La Caída de Rosas»



Por Julián Otal Landi

Cuando acontece el golpe cívico militar hacia el gobierno de Juan Domingo Perón en 1955, José María Rosa, figura reconocida e identificada con el peronismo; fue perseguido y removido de sus cargos educativos por considerarlo uno de los “flor de ceibo” que supuestamente habían arribado bajo la época de Perón; comprometido con su labor política conoció la cárcel, participó activamente en el levantamiento del General Valle, llegando a tener en consecuencia una “captura recomendada”. Teniendo en cuenta que estaba en riesgo su vida, decidió partir al exilio hacia el Uruguay y más tarde a Madrid. Esta circunstancia explica cierta ausencia de publicaciones de su autoría durante los tiempos de la llamada “resistencia peronista”. En carta a su colega y amigo, le

escribía a Fermín Chávez bajo su seudónimo Eloy Arniches el 8 de agosto de 1957:

“Mi angustia es la ausencia del país. Leo las revistas y periódicos que Alberto [Contreras, N.d.a.] me manda con asiduidad. Y –eso lo repetía en mis cartas- me choca que se me haya olvidado así. Nunca se mencionan mis libros, mi actual trabajo, para no hacer mérito de la prisión y el destierro. Me da la impresión de haber muerto...” (Chávez, 1991:24)

Durante estos años se hará reflejo de una notable distanciamiento entre diversos nacionalistas, en muchos casos ya diferenciados desde el conflicto entre Perón y la Iglesia desencadenado en 1954 y profundizado con los diversos posicionamientos tomados ante la “Revolución Libertadora” y “el hecho peronista”. La

posterior Revolución cubana y los diversos posicionamientos ante la emergencia creciente de una izquierda nacional significarían otro parteaguas. En dicha carta se empiezan a vislumbrar los primeros antecedentes entre Rosa y ciertos colegas revisionistas: su identificación no sólo hacia el gobierno depuesto sino también por su participación en las conspiraciones como la que encabezaba Valle agudizó cierto silenciamiento hacia la obra de Rosa durante estos años de exilio.

Sus primeros años en Uruguay y España sirvieron, no obstante, para avanzar en su obra más completa y acabada que traería amplia repercusión y una acalorada polémica: “Caseros” aunque pasaría a llamarse, ya editada, como “La Caída de Rosas” (1958). Según Fermín Chávez, existen antecedentes de su trabajo en un artículo publicado en 1952 que llevaba como nombre “La iniciativa del Pronunciamiento de Urquiza”, aunque el acontecimiento clave de la historia argentina para él lo empezó a trabajar tempranamente en 1939 con “Antecedentes diplomáticos de Caseros” cuando formaba parte de Instituto de Estudios Federalistas. La obra atiende un abordaje historiográfico desde la región rioplatense, dándole la importancia que merecía a la diplomacia brasilera que había sido bastante relativizada en la historiografía argentina hasta entonces. Rosa destaca el rol desempeñado por la aristocracia brasilera en contraste hacia la falta de patriotismo de nuestra clase dirigente: la oligarquía nacional. La diferenciación entre aristocracia y oligarquía es destacable ya que infiere también una concepción sobre el rol y la conciencia nacional de cada una de ellas: centrándose en la concepción aristotélica, Rosa entiende que el Brasil imperial había desarrollado una aristocracia que la Argentina carecía y por ende, sufrirá sus consecuen-

cias luego de Caseros. Lo más cercano a una aristocracia nacional eran para Rosa los caudillos federales, poseedores de la “virtud política” según Aristóteles. Su interpretación tenía una raíz sumamente historicista al concebir al caudillo, en términos herderianos, como intérprete del *volkgeist* (espíritu del pueblo). Desde su temprana obra “Interpretación religiosa de la Historia” (1936) el autor desarrolla esa afirmación que conllevará a una parte de la polémica con Pedro De Paoli a partir de la obra de 1964 “Rivadavia y el imperialismo financiero”. En su obra de 1943, Rosa afirmaba:

“Rosas era algo más que un hombre de orden. Era el argentino por excelencia, en quien se encarnaban todas las virtudes y todas las posibilidades de la raza criolla. [...] Rosas era el polo opuesto de Rivadavia, hasta en lo físico: si éste fue hacedor de proyectos, aquel en cambio, construyó realidades; mientras uno soñaba con una Argentina europeizada el otro trataba de salvar la Argentina de siempre...” (Rosa, 1943:158)

Uno de los puntos controversiales que generará polémica es la presentación de un Rosas popular, el estadista que defiende los intereses de los sectores populares y de visión americanista.

“En 1831, las catorce provincias que agrupa Rosas en el Pacto Federal fundan el instrumento de la nacionalidad. Desde 1835 la férrea mano del Restaurador construye a la nación: la unidad que será firme pese a muchas cosas que vendrán, la independencia económica, la riqueza equilibrada, la posición internacional respetada, el anhelo de lograr la unidad de América Latina

“[...]¿Qué se proponía el ‘americanismo’ de Rosas? Sus enemigos le atribuyeron el propósito de reconstruir el virreinato. Es posible que acariciara el proyecto de volver a la unidad del Plata, disgregada por

influencias extranjeras que no por voluntad de los platinos”.

“[...] El ‘sistema americano’ que propagaba por el continente significaba la defensa de los pequeños países de origen español ante la ingerencia [sic] de las grandes potencias comerciales. Esa solidaridad hispanoamericana podía conducir a una unión efectiva de toda América española: la idea de Bolívar, de San Martín, de Artigas” (Rosa, 1968: 62-65).

Algunos de los aspectos para sacar en limpio sobre la obra más importante y documentada de Rosa: en principio, como habíamos mencionado, la ausencia de una clase dirigente sin conciencia nacional (hecho que también había trabajado con precisa ironía en su trabajo “Nos, los representantes del pueblo”); asumiendo una lectura historicista, los únicos ‘interpretes’ del sentir colectivo fueron los caudillos federales, donde Rosas se configura como un personaje paradigmático ya que, para Rosa, su período de gobierno es el auténtico constructor de la nacionalidad. Otro aspecto a tener en cuenta es que la construcción de un Rosas popular ya había sido expresada por Rosa en sus primeros trabajos, entonces ¿cuáles serían los motivos por el cual termina alcanzando polémica durante los sesenta? Podemos realizar una aproximación multicausal: en principio parte de una disputa del capital simbólico dentro del revisionismo histórico argentino que fue motorizado, por un lado, a través de los recelos contraídos por parte de muchos revisionistas ante el éxito de José María Rosa que, junto a autores de la Izquierda Nacional, se colocaba entre los más leídos; por otro lado, las redes comunicacionales que lograba entablar Rosa apoyándose sobre todo en el peronismo (y sus diversas “vertientes”, a saber: publicaciones,

conferencias en sindicatos y para grupos estudiantiles donde emergerán devenidos gran parte de ellos como peronistas revolucionarios que mantendrán un enfrentamiento no sólo ante el régimen dictatorial sino también con la “burocracia sindical”). Entonces, el motivo clave es el posicionamiento ante el “hecho peronista”. Rosa sin necesidad de explicitar en sus trabajos analogías históricas presenta a un Rosas que comparte muchas coincidencias con respecto a Perón: los dos fueron llamados por la Historia ante un momento de crisis, los dos fueron los principales intérpretes y conductores de las clases populares, al ser “interpretes” populares también son constructores de una conciencia nacional; ambos sostienen un proyecto, entonces, nacionalista de independencia económica, soberanía política y justicia social; ambos ambicionan la recuperación de la Patria grande. La construcción de este “imaginario” que nació también como reacción contradiscursoiva ante el relato histórico que enarbolaba la “Revolución Libertadora” y sus intelectuales orgánicos provocaría la adhesión del peronismo hacia la historiografía revisionista. La línea histórica San Martín, Rosas, Perón en contraste a la línea “Mayo, Caseros” ya es incorporada por el peronismo y por su líder exiliado.

Bibliografía:

Chávez, Fermín (1991) “Escolio sobre la elaboración de «La caída de Rosas» en Revista del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas, N° 25, Agosto-Setiembre de 1991.

Manson, Enrique (2008) José María Rosa. El historiador del pueblo, Buenos Aires, Ciccus.

Rosa, José María (1943) Defensa y pérdida de nuestra independencia económica, Buenos Aires, Instituto J.M. de Rosas.

Rosa, José María (1968) La caída de Rosas, Buenos Aires, Plus Ultra.



Un historiador llamado Tomassini



por Eduardo Rosa

Una tarde de de junio de 1956; una voz conocida llama al teléfono. Es un viajante de comercio que necesita algo de nosotros. Se trata de Terencio Tomassini al cual no veíamos desde hace más de un mes. En realidad... diría que no lo vimos nunca. Pero lo conocimos mucho... Era nuestro padre, que de viajante comercio nada tenía, pero ese era el disfraz con el que se cubría de la feroz represalia fusiladora que se había preparado con alevosía y premeditación para bañar en sangre todo intento de contrariar el rumbo disciplinario camino tomado desde setiembre del año anterior.

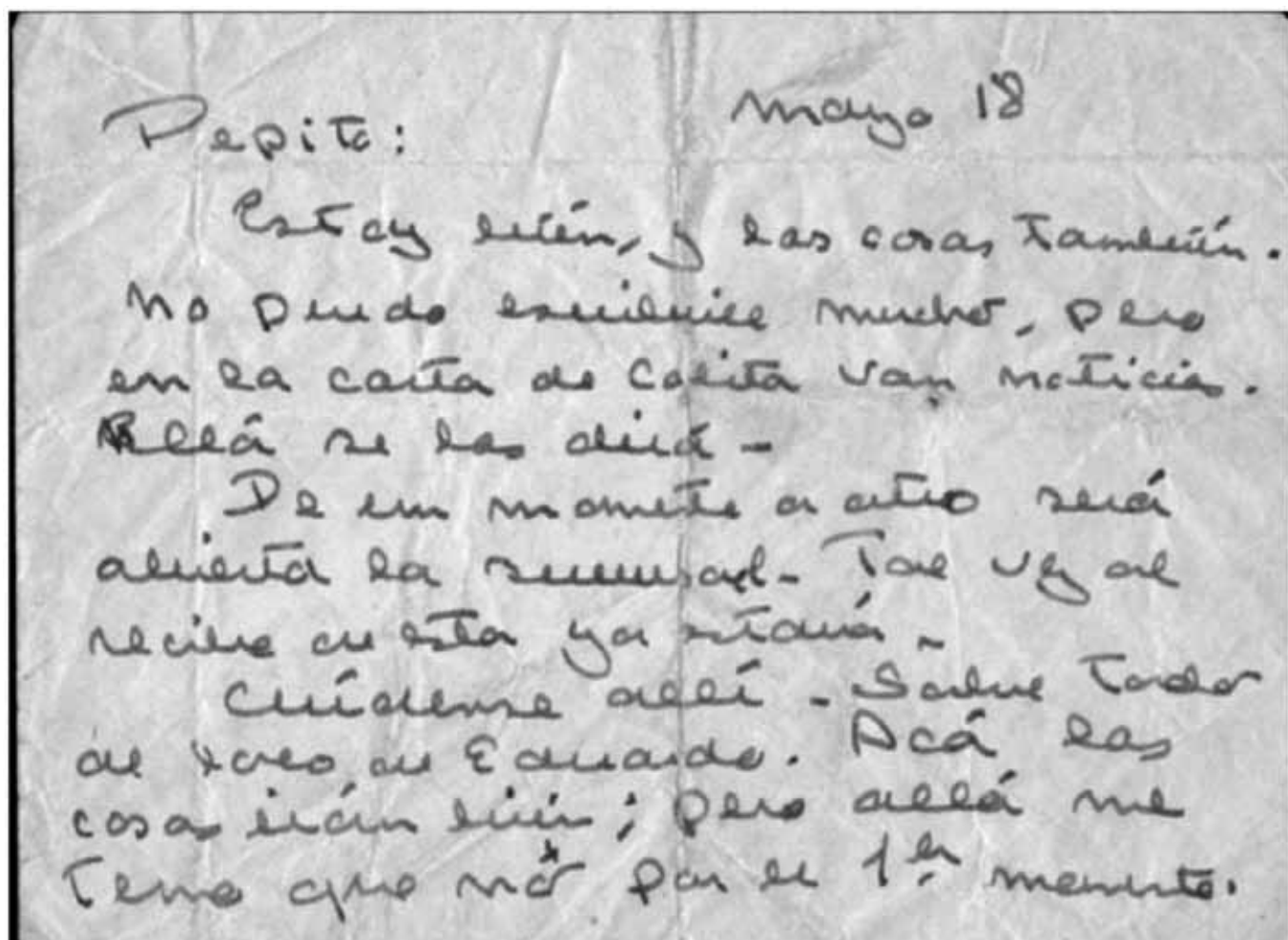
Ya nuestro padre había pasado varios meses de cárcel e incomunicación incluyendo el demencial y desopilante

“juicio” de un orate que se hacía llamar “capitán Ghandi”. ¿Su delito? Ser rosista y como tal corromper a la juventud con lo que los nuevos libertadores de hoy llaman “una visión sesgada de la historia”...

De esa vieja cárcel de la calle Las Heras lo imaginamos saliendo mientras musitaba como Galileo “E pur si muove”.

Luego de salir de la cárcel, escribe a Perón:

...“Acabo de estar en la penitenciaría, con sus ministros, senadores y diputados. La mayoría daba vergüenza. Muy pocos estaban en una actitud digna. Firmaban petitorios a Aramburu y Rojas pidiéndoles les perdonaran por el extravío a que usted los llevó. Pero su partido, señor, es



Pepe: Mayo 18

Estoy bien, y las cosas también.
No puedo escribir mucho, pero
en la carta de Colita van noticias.
Allá se las dice -

De un momento a otro recibí
avisos de la reunión. Tal vez al
recibir de esta ya estarán -

Cuídense allí. Salve todo
de vos, de Eduardo. Acá las
cosas están bien; pero allá me
tiene que ir por el momento.

Carta a los hijos desde la clandestinidad.

la Argentina misma. Tengo la seguridad de que la Revolución Libertadora le hará bien. Tal vez su defecto fue formarse desde arriba, llenarse de arribistas. Ahora, desde abajo, vendrán nuevos hombres, una juventud obrera que está firmemente con usted y ocupará la dirección de los sindicatos cuando llegue el momento. Y una juventud estudiosa que tomará la dirección política". (Carta de Pepe a Perón de 1956 - "Conversaciones" de Pablo J. Hernández)

Y busca su lugar de lucha junto al general Valle.

Es destinado a Paraná, porque se espera - según me contara Fermín Chávez - que se subleve la base de Reconquista y desde allí ponerlo en la radio local.

Nuestro "viajante de comercio" nos pedía que lo fuésemos a buscar a un viejo hotel de la calle Corrientes casi Leandro Alem. Fuimos y encontramos al "viajante". Tenía una sola valija y un maletín donde solo había libros y un manuscrito. La ropa eran uno o dos bultos atados con cinturón con libros en el medio! Por supuesto en el "foyer" del hotel se nos desarmó un paquete y los libros y camisetas llamaron la atención de los otros huéspedes. Era un "viajante", con 60 libros y un manuscrito (llevaba su "Caseros" que terminaría editado en España sin ese título para que - según sus editores - no se confundiera con los encargados de las casas de renta).- Lo curioso es que ese insólito viajante no hubiese llamado la atención a la Policía.

Vivió luego don Pepe Rosa una odisea de cambios de domicilio, molestando – o tal vez honrando – a tantos amigos que siempre tuvo, aunque muchos de ellos no comprendiesen la otoñal militancia de nuestro padre.

Finalmente, munido de su cédula de identidad entrerriana, don Terencio To-

massini se embarcó para Montevideo, no sin haber pasado un susto cuando los altoparlantes de la nave lo requirieron insistentemente para que se presente en la comisaría de a bordo – que no se presentó hasta que no supo que las autoridades Uruguayas habían subido para realizar sus trámites de inmigración y enterarse



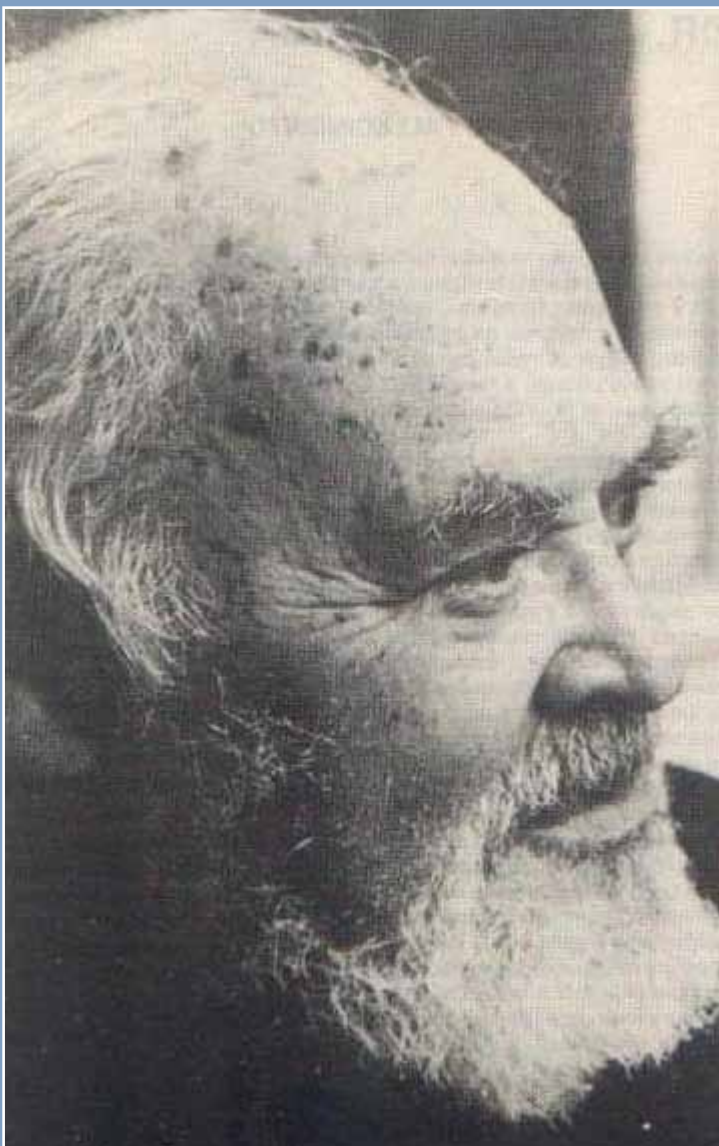
Cédula falsa de la policía de Entre Ríos

que el llamado era porque ¡se había olvidado de recoger su impermeable!

Bueno, convengamos que la patria necesita valientes hombres y entre ellos corajudos intelectuales.

Terencio sobrevivió a estos avatares y su nombre transmigró a otro gran maes-

tro. Me refiero a Fermín Chávez, que con el nombre de Cruz Romero firmaba las cartas que cruzaban el Atlántico desde Buenos Aires para contarle a su amigo Pepe Rosa las desgracias y esperanzas que se vivían en estas tierras gauchas.



Tal era la identificación que había llegado a alcanzar con la figura del Restaurador, hasta tal punto Pepe Rosa era considerado el dueño de Rosas, que empezó a circular en los mentideros históricos una anécdota inventada ad hoc: Don Juan Manuel estaba en su despacho con su secretario Antonino Reyes, atendiendo los mil y un problemas de la política cotidiana. En un momento dado, le dicta a Reyes una medida que se sale de lo común. Hasta tal punto que el secretario no acierta a ver el sentido y le pregunta, con el debido respeto: “-¿Señor gobernador, por qué ha decidido proceder de este modo?” Don Juan Manuel piensa un momento, como dudando, y luego responde, seguro: “-No sé por qué. Pero en 1906 nacerá José María Rosa y él se encargará de explicarlo”.